

EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

Ramón Jáuregui^{1}*

Resumen

Más que presentar resultados, se pretende plantear preguntas sobre la libertad y la finitud del ser humano que las religiones la traducen en pecado, ofensas, castigos, etc., que sólo se pueden merecer en la tierra, olvidándose que si existe el cielo, allí también seguiremos siendo finitos y, por lo tanto, teniendo que elegir y al elegir equivocándonos durante toda la eternidad, con el dilema de por qué, según las religiones, en el cielo, sin cambiar nuestra esencia, no podremos pecar y en la tierra sí.

Palabras claves: libertad, religión, finitud, error.

1 * Doctor en Filosofía. Profesor del Departamento de Filosofía y del Doctorado de Filosofía. Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela. Autor de libros y artículos publicados en revistas filosóficas. C.e: ricardojt@hotmail.com

THE PROBLEM OF FREEDOM

Ramón Jáuregui

Abstract

More than presenting results, it is intended to ask questions about freedom and the finitude of the human being which are considered sins, offenses and punishments etc. by religions, that can only be deserved in earth, forgetting that if heaven exists, there we will continue being finite and, therefore, we have to choose, and choosing we make mistakes for all eternity, with the dilemma of why, according to religions, we can sin in earth and in heaven we can not, without changing our essence.

Key Words: Freedom, religion, finitude, mistake.

Se nos enseña, y eso parece confirmar nuestra experiencia cotidiana, que los seres humanos somos libres y, según el cristianismo, debido al pecado original de nuestros primeros padres no sólo perdimos el paraíso sino que nacemos inclinados hacia el mal prefiriendo pecar a obrar el bien. Y aunque hayamos sido creados libres se nos enseña que tendemos y por naturaleza, hacia el mal. De ahí que la libertad que se supone que es en un don extraordinario que Dios hace al hombre, se convierte en un mal porque nos causa graves perjuicios no sólo en este mundo sino que, si seguimos las enseñanzas del cristianismo, también en el otro, tras la muerte, en donde nos puede costar un infierno eterno. ¿De qué nos sirve ser libres si preferimos elegir el mal antes que el bien y, además, somos condenados por esa mala elección?

Pero ¿qué es la libertad y qué es el pecado? O, con otras palabras, ¿para qué sirve nuestra libertad y por qué la tenemos? En realidad Dios podría habernos hecho como a los vegetales y a los animales, dotados de un instinto que nos dijera, desde el nacimiento hasta la muerte, cómo actuar sin cometer error alguno y así todos viviríamos felices. Pero al habernos creado finitos, conscientes y responsables de nuestros actos, libres para forjar nuestro crecimiento y destino, la libertad se convierte en un elemento necesario de nuestra finitud porque al estar obligados a crecer incesantemente, como todo lo que existe en el universo, tenemos que elegir, a causa de nuestra libertad, este crecimiento con el agravante de que no sabemos cómo hacerlo y a cada momento, entre las múltiples opciones que se nos presentan, hay que elegir una con el riesgo de equivocarnos que es lo que hacemos los hombres normalmente. A esta mala elección no sólo se le denomina “pecado” sino que es castigada, eso dicen los cristianos, por el mismo Dios tanto en esta tierra como en el cielo.

Sin embargo, si Dios quería crear otros seres, no que le quedaba más remedio que hacerlos finitos a menos de que fueran como Él, dioses y si, además, creaba a otros con libertad, tenía que dejarles la responsabilidad de elegir su propio crecimiento lo que suponía poder escoger de entre las muchas opciones que se le presentaban, la que les pareciera la mejor porque, de lo contrario, o no serían finitos y si supieran como crecer sin error, o serían como Dios y esto es imposible porque Dios no puede crear a otros dioses iguales a Él o no serían libres. Por tanto Dios decidió crear a los hombres, tuvo que

hacernos finitos y necesitados de crecer y para crecer hay que elegir y al elegir nos podemos equivocar. En el Génesis se enseña que hasta que no tuvimos conciencia de nosotros mismos y mientras éramos animales vivíamos en el paraíso, que se perdió en el instante en el que nos hizo “como dioses”, al obligarnos a elegir entre el bien y el mal. No se habla en este libro de un pecado original, sino del paso del animal al hombre que todo lo ha complicado. Y si Dios nos ha creado libres y finitos y sin saber a ciencia cierta cómo crecer, es Él, en última instancia el verdadero responsable de nuestros errores y antes de castigarnos por ellos, se debería castigar a Sí mismo por crearnos así saber que no solo podíamos sino que teníamos que equivocarnos al tener que elegir entre múltiples opciones todas igualmente tentadoras y supuestamente buenas.

Pero no termina aquí el problema. Además de tener que elegir entre las múltiples opciones que se nos presentan, todos tenemos dentro de nosotros mismos, como algo innato y puesto por el mismo Dios como condición para no perecer, el buscar no sólo crecer en base de nuestra propia felicidad. Este estar obligados a crecer y a buscar nuestra felicidad, que entre paréntesis ha tenido que ser el fin para el cual nos creó, es otro ingrediente más en el complicado marasmo de elegir bien. ¿Pero, cual es nuestro bien? En realidad el bien que busco es mi felicidad porque para eso he sido creado.

Todo esto me hace volver a repetir que, en realidad, la libertad, tal y como se entiende en la actualidad, no es un beneficio sino una trampa cruel que un Dios malévolo ha tendido a los hombres para tener un pretexto para premiarlos o castigarlos, porque una cosa es tener que elegir, que ya de suyo es muy difícil y otra el estar obligados a elegir “bien” en base a una felicidad propia y social que la desconocemos por completo.

En este sentido los griegos pensaban bastaría, para saber obrar bien, con una educación que nos enseñara cual es el bien y cual es el mal porque suponían que, con este conocimiento, siempre se elegiría el bien. Y se equivocaron porque con o sin conocimiento, se seguía haciendo el mal.

En esta misma dirección y complicando aún más el problema, el cristianismo nos enseña como principal mandato que hay que amar al prójimo “como a uno mismo” lo que quiere decir que primero me tengo que amar y ser feliz si luego quiero amar a los demás, porque si no me amo a mí mismo ¿cómo podré amar a los demás? Si leemos este precepto bajo la óptica de las bienaventuranzas,

habría que decir de que antes de dar de comer al hambriento o de beber al sediento o vestir al desnudo, etc., yo no debería tener ni hambre ni sed y estar vestido, porque si tuviera hambre, sed o estuviera desnudo, no me querría a mí mismo y, en consecuencia, tampoco a los demás. Con otras palabras, en el evangelio se nos está diciendo que antes de hacer felices y amar a los demás, yo tengo que amarme a mí mismo y ser feliz. Incluso en la parábola de los denarios se nos enseña que aquel a quien se le da más se le exige más y al obrero que no puso a producir el dinero dado por el mismo Dios y no cumplió con sus obligaciones se lo quitó lo que se le dio que fue a parar a manos del que más tenía porque trabajó con lo que se le había encomendado. La felicidad, nos dice el Evangelio, hay que “hacerla” y no quedarse sentado esperando a que llegue sola.

Hemos hablado ya de la felicidad personal y cómo sin ser uno mismo feliz, amándose a sí mismo, no se puede hacer ni felices ni amar a los demás. Pero los seres humanos no vivimos solos, como indirectamente se acaba de señalar y esta vida social complica aún más nuestra búsqueda de la libertad y de la felicidad. ¿Cómo conjugar, en esta búsqueda, lo personal con lo social?

El primer problema, se ha señalado ya, se presenta en el plano personal porque continuamente se tienen que hacer opciones a corto, a mediano y a largo plazo. ¿Cómo se, por ejemplo, que una elección que se me aparece buena en este momento, no será mala a largo plazo? Por ejemplo, el comer mucho o poco hoy ¿cómo afectará mi felicidad futura? Y lo mismo se puede decir del estudiar o dejar de estudiar, tener o no un determinado amigo o pareja, etc. ¿será bueno o malo para el mañana? Todo esto puede parecer bueno o malo, según el caso, a corto plazo, pero ¿y a largo plazo? Y lo mismo se puede decir al revés. ¿Por qué sacrificarme para el futuro si a lo mejor me muero mañana? ¿Valen la pena estos sacrificios cotidianos en base a un futuro incierto que, en la mayoría de los casos, se escapa de nuestras manos?.

El segundo escollo a sortear es mucho más complicado porque se trata del prójimo, de aquellos que me rodean. ¿Cómo sé que una elección mía que yo la considero como buena para mí porque me hace feliz, no sea mala para el prójimo?. ¿No me enseñan que yo tengo que ser feliz primero, amarme a mí mismo antes que al prójimo porque de lo contrario no le puede ni amar ni hacerle feliz? Y resulta que eso que me agradaba no lo puedo hacer porque

al prójimo le desagrada. ¿Cómo ponernos de acuerdo? ¿Por qué sacrificar mi felicidad por la del prójimo en vez de que sea él quien se sacrifique por mí?

Estoy convencido de que si existiera un hombre solo en la tierra o que no tuviera contacto alguno con el resto de la humanidad, no podría pecar porque si se equivocaba no haría daño a nadie salvo a él mismo y esto de forma relativa porque no creo que nadie, a menos de estar enfermo, se haga daño a sí mismo y cuando se lo hace, lo realiza creyendo que está haciéndose con ese daño, un bien a sí mismo. Por lo tanto descarto el error o el pecado, como dicen otros, como mal en un ser individual aunque no se dan estos casos en la realidad porque todos los seres humanos necesitamos de los otros para sobrevivir.

Esto hace que el mal o eso que se denomina pecado sea consecuencia de nuestra vida en sociedad y para evitarlo o, al menos paliarlo, los hombres hacen leyes para regular la vida en común, leyes que aunque hechas por los hombres unas veces son atribuidas directamente por Dios, como es el caso de los diez mandamientos, la Tora o el Corán, y otras a los seres humanos. Lo que importa con estas leyes no es saber quien las ha hecho, sino cómo se hacen cumplir, sea por el temor al castigo de Dios si se les tienen por divinas o por el temor a los mismos hombres, porque, en realidad, todas leyes están hechas por los hombres en su búsqueda de una armonía social, de acuerdo con su idiosincrasia y manera de ver la vida en el momento histórico en el que fueron ideadas. No es, pues, de extrañar que las leyes, hechas siempre por los seres humanos, sean diferentes en cada sociedad y en cada tiempo, pese a que hoy en día se trate de que en todas las sociedades sean iguales basados en el principio de que todos los seres humanos tenemos la misma esencia y los mismos derechos.

Las violaciones que se cometen contra esas leyes tienen diferentes sanciones según el origen que se atribuyan: si se dice que están hechas por Dios el castigo a esos pecados puede ser un premio o un castigo. Si son atribuidas a los hombres la sanción consistirá en una multa o en ir a la cárcel por un período más o menos largo o se pagará con la propia vida. Pero siempre es la sociedad la que castiga y como muy bien se dice en derecho, allí no se juzga la moral de los hechos sino la violación a una ley externa hecha para regular las relaciones de los hombres dentro de esa sociedad. Y en la medida en que sus miembros apliquen al pie de la letra y con rigor sus leyes, esa sociedad

funcionará mejor porque sus ciudadanos se cuidarán, por miedo al castigo o por propio convencimiento, de no violarlas.

Hay que aclarar que en el cumplimiento de estas leyes que regulan la vida en sociedad no se tiene en cuenta la “felicidad” personal de cada miembro, sino el bien general por lo que muchísimas veces hay que subordinar nuestros deseos de ser felices en base a la supuesta felicidad de los demás, lo que hace que si podemos violarlas sin que nadie se de cuenta de ello, lo hagamos porque siempre, en nuestro inconsciente, prima la felicidad personal ante la social.

En estas condiciones y dentro de cada sociedad, la libertad consistirá en acomodarse a esas leyes o en cambiarlas si se cree que hacen más daño que bien al conjunto de seres humanos para los que están hechas. Pero en momento alguno su violación puede ser considerada ni como ofensa directa a Dios ni al Estado. Y si esto es así, ¿qué es pecado? Y si no hay pecado, ¿qué sentido tiene la culpa? ¿Habrá condenación eterna? ¿Habrá infierno?

Lo ideal sería que los hombres cumpliéramos esas leyes más por respeto a las mismas que por miedo al castigo, pero algún día llegará siguiendo la evolución de la humanidad, en el que los seres humanos caigan en la cuenta de que para convivir mejor, hay que respetarlas sacrificando un poco –o un mucho– la propia felicidad porque esto redundará en la propio felicidad.

De todo esto se concluye de que eso que se llama pecado no es otra cosa que la desobediencia que todos los hombres cometemos en la necesidad de crecer y de buscar su propia felicidad y que en la medida en que vamos contra esas leyes sociales sean atribuidas a Dios o hechas por los hombres nos equivocamos y a ese error se la llama pecado. Pero vuelvo a preguntarme ¿dónde queda, si existe, el sentido de culpa?

Hasta aquí hemos hablado de la libertad y del pecado en este mundo. Ahora, puesto que el cristianismo nos enseña que seguiremos viviendo después de esta vida, tenemos que hablar del más allá, donde nos encontramos con los mismos problemas que en el presente mundo visible.

Si, por esencia, somos finitos, seremos finitos por toda la eternidad lo que es sinónimo de seguir teniendo la necesidad de crecer y de elegir durante toda la eternidad. Pero pareciera que las religiones que creen en el más allá están convencidas de que tras la muerte ya no sólo no se podrá pecar sino que, además, seremos felices para siempre. Y pregunto ¿y esto cómo puede

ser?. Porque si durante la vida tenía que crecer y para crecer necesitaba elegir y al elegir me equivocaba, ¿por qué en el cielo, en donde tengo que seguir creciendo y, por tanto eligiendo, no puedo equivocarme? A esta pregunta se puede responder afirmando que en el cielo (o en el infierno) se deja de crecer, con lo que volvería Dios cambiando mi esencia finita o por hacerse por otra igual a la de Dios, definitivamente hecha o porque necesariamente siempre elegiré el bien, sin riesgo de equivocarme y en este caso dejaría de ser “libre” porque no tengo sino la opción de no equivocarme, lo que iría contra su esencia que es su libertad de elegir entre el bien y el mal.

Algunos, ante este dilema, responderán que en el cielo no se puede “pecar” porque seremos espíritus puros, pero esta afirmación nada resuelve porque los ángeles eran espíritus puros y por ser finitos y tener que crecer, pecaron. Se puede responder también afirmando, sin más, que en el cielo no se puede pecar porque así lo ha dispuesto Dios. Pero en ambos casos surge esta inquietud ¿por qué en el cielo no podemos pecar y somos libres y por qué en la tierra no nos hizo Dios así? Es decir, ¿qué sentido tiene el que Dios en la tierra nos haya creador inclinados al mal pudiendo habernos creado, como en el cielo, sin poder pecar? ¿Será que Dios es un ser sádico a quien el agrada que los hombres le ofendan durante su estadía en la tierra porque goza castigándolos y viéndoles sufrir? O ¿por qué en el cielo no se puede pecar y en la tierra sí? ¿No es un Dios arbitrario el que hace eso? A mi modo de ver sí, y más cuando se nos enseña que nos jugamos toda la eternidad con lo que hagamos en esta tierra en la que podríamos haber sido creados libres y sin pecado.

Esto quiere decir que en el cielo las cosas no sean tan sencillas como nos dicen desde la tierra. Hablemos primero del demonio. Se supone que al ser criatura hecha por Dios, aunque espíritu puro, es un ser finito y libre y que, como los hombres, tiene también la necesidad de elegir y que al elegir puede equivocarse. Por eso me pregunto, ¿por qué Dios, cuando los ángeles se equivocaron una vez y le desobedecieron no les dejó, como se supone que tiene que hacerse con todo ser finito, la posibilidad de “rectificar”? Y a la inversa ¿por qué los ángeles buenos no pueden, a su vez, equivocarse y pecar? O, con otras palabras, si los ángeles y los demonio son finitos, ¿por qué durante toda la eternidad no pueden tener el “chance” de errar y de rectificar, lo mismo que los hombres sobre la tierra y por qué por una vez

que erraron han sido condenados o premiados, según el caso, eternamente y para colmo sin derecho a rectificar? ¿Obrando así, no parece que Dios es el ser más inhumano y déspota que pueda existir cuando ni tan siquiera dejó a los ángeles la posibilidad de rectificar? ¿No será que los hombres estamos equivocados cuando pensamos que Dios actúa de esa forma, más al estilo vengativo humano que misericordioso de Dios? ¿Por qué a los hombres nos gusta ponernos en el lugar de Dios²?

Volviendo a los hombres, ¿no podrá un ser humano que erró durante toda la vida, rectificar en el cielo o al revés, un santo errar en el cielo? Lo que hace que vuelva a la pregunta anterior, ¿por qué Dios puede en el cielo hacernos impecables sin perder nuestra libertad y no nos hizo así en la tierra con lo que hubiéramos vivido más felices desde el instante de nuestra concepción y Dios también porque no hubiera tenido que matar a su propio hijo para satisfacer su dignidad menospreciada por los hombres? ¿No será todo eso de cielo, infierno, de no pecar tras la muerte, etc., pura invención humana para que los hombres cumplamos mejor los mandamientos o los preceptos atribuidos a Dios pero hechos por los hombres con el fin de que socialmente, por miedo, nos respetemos mejor?

Porque si en el cielo no se puede pecar y seguimos siendo finitos y libres hay que atribuir al mismo Dios la maldad de los hombres en la tierra que no se debe, por supuesto, a un pecado original sino a su esencia finita y que tiene que crecer sin saber cómo hacerlo cuando Dios nos podría haber creado, respetando nuestra libertad, sin posibilidad de pecar, como dicen que sucede en el cielo. ¿Por qué, pues, Dios nos ha creado en la tierra en estas condiciones tan miserables? Y la consabida respuesta de que nadie conoce designios infalibles de Dios no la acepto, porque me parece una respuesta estúpida digna de los mejores teólogos de la historia. Por eso creo que en el cielo, si existe como sería mi deseo, tendremos las mismas posibilidades de equivocarnos que en la tierra, y que durante toda la eternidad seguiremos buscando incesantemente nuestra felicidad con ensayo y error.

Algo, pues, tiene que estar fallando en nuestra concepción del pecado y de la libertad porque si seguimos siendo siempre finitos, siempre nos podremos

2 Hablando del pecado de los ángeles resulta risible el que los teólogos hayan adivinado que consiste en que por orgullo, no quisieron adorar a Cristo por ser Dios y hombre.

equivocar a menos de perder nuestra libertad o dejar de ser seres humanos y convertirnos en Dios. Y ¿será este error equivalente a pecado? De nada vale decir, para salvar este escollo, que en el cielo seremos espíritus porque espíritus nos dicen que son los ángeles y se equivocaron y una vez equivocados no les dieron la oportunidad de rectificar, siendo como son seres finitos, o de volverse a equivocar para los ángeles que no lo hicieron.

Lo que hay que cambiar, si queremos resolver este problema aparentemente insoluble, es el sentido del pecado que es un producto “social”, no un daño que me causo a mi mismo ni a los demás, porque, como señalé antes, si existiera un solo hombre en la tierra jamás pecaría por mucho que se equivocara porque el daño no está en lo que uno se hace a sí mismo sino en el que se hace a los seres humanos que me rodean. El pecado se reduce a quebrantar unas normas “sociales”, necesarias y cambiantes según los tiempos para “convivir” en sociedad. Leyes que se idean para evitar “daños” sociales y que para que sean “respetadas” se les atribuye un origen religioso o social, reforzado con promesas de premios y de castigos que pueden ser incluso eternos.

Puede parecer un poco cínico todo esto, pero en la vida real todo es así. Y eso de que después de la muerte se premia o castiga no lo acabo de entender a menos que neguemos después de la muerte nuestra libertad y entonces vuelvo a preguntarme ¿por qué Dios no nos creo también inmunes al mal en este mundo?

El mal es una consecuencia de nuestra finitud y Dios no pudo crearnos de otra forma sino finitos, con necesidad de crecer pero sin conocer cómo y por eso mismo nos equivocamos como se equivocaron los griegos cuando creían que si conociéramos cual es el bien no tendríamos otro remedio que seguirlo “libremente” porque ya no sería gozar de libertad sino de necesidad y en este instante, aunque finitos, al conocer el bien y el mal seríamos no como lo somos ahora “como dioses”, sino que seríamos, sencillamente, Dios.

Aunque pueda parecer extraño, el cristianismo también se mueve dentro de esta línea de conocer el bien y el mal y actuar acorde al conocimiento porque nos enseña que si conocemos bien la doctrina de Cristo, entonces no pecaríamos, o, con otras palabras, no erraríamos. Incluso se nos dice, cosa que no nos enseñaron

los griegos, que al que mejor conoce el bien, más se le pedirá dando a entender que conocimiento y acción están juntas y van acordes.

Es más, el cristianismo nos dice, además que tenemos que amar al prójimo como a uno mismo, dando a entender que si no nos amamos a nosotros mismos no podemos amar al prójimo y, sin embargo, no nos dice qué y cómo se ama a uno mismo. Nos habla, sí, de las bienaventuranzas y en ellas nos dice que tenemos que dar de comer al hambriento, de beber al sediento, etc., con lo que se nos está indicando que nosotros (si tenemos que amarnos como al prójimo, tampoco tenemos que pasar ni sed, ni hambre, etc., y que primero está el satisfacer esas necesidades antes de las del prójimo porque, repito, si tenemos que amar al prójimo como a nosotros mismos, primero tendremos que satisfacer en nosotros esas necesidades antes que en los demás porque de lo contrario no cumpliríamos con el amor a nosotros mismos.

No es, pues, fácil llegar a una conclusión sobre el problema de la libertad y más cuando se mezclan tantas cosas y estamos dentro de la mas crasa ignorancia de conocer ni cómo amarnos a nosotros mismos ni cómo crecer sanamente llevando ese crecimiento a la propia felicidad, que es nuestra primera obligación dentro del cristianismo, y a la de los demás.

Por esto, tengo que concluir estas líneas diciendo que aún no he entendido el porqué ni del pecado ni de nuestra libertad y que lo que he tratado de hacer es exponer mis inquietudes para ver, si con la ayuda de todos, podemos llegar a alguna conclusión

BIBLIOGRAFÍA

Caillois, Roger, (1950), *L'Homme et le Sacré*, Ed. Gallimard, París.

Durkheim, Emile (1969), *Les Formes Elementaires de la Vie Religieuse*, 4ta. Edición, Presses Universitaires de France, París.

Guyau, Jean-Marie, (1985), *Esquisse d'une morale sans obligation, ni sanction*, Ed. Fayard, París.

Jauregui, Ramón M. (2.003). *Cristo y el Espejo*. Consejo de Publicaciones, Universidad de Los Andes, Mérida (Venezuela).